



Theologica Xaveriana

ISSN: 0120-3649

revistascientificasjaveriana@gmail.com

Pontificia Universidad Javeriana

Colombia

QUINTERO GONZÁLEZ, TEÓDULO

Eucaristía, jubileo y comunión. «El misterio en su plenitud ilumina lo que precede»

Theologica Xaveriana, núm. 133, 2000, pp. 99-105

Pontificia Universidad Javeriana

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=191018210008>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Eucaristía, jubileo y comunión

*«El misterio en su plenitud
ilumina lo que precede»*

TEÓDULO QUINTERO GONZÁLEZ, CMF.*

RESUMEN

La eucaristía, sacramento de comunión fraterna y solidaridad, siempre debe tener su referente antropológico real y contundente, de lo contrario, pasa a ser una realidad fría y sin sentido; en este año jubilar, cuando la justicia y el derecho vuelven a tener lugar en las reflexiones teológicas, debemos resignificar el sentido de la eucaristía, desde el compartir, la solidaridad, y la comunión entre los más necesitados.

Hablar de la profundidad del misterio de la eucaristía, cuando apenas se tienen unos datos y una poca vivencia real del sentido profundo de la misma, es como lanzarse a las profundas e inagotables aguas del océano, a bordo de un velero que apenas danza en las crestas de las olas y corre el peligro de naufragar.

Sin embargo, al asumir el riesgo y la audacia de un curtido y experimentando marino, vamos a intentar una palabra, una reflexión y un acercamiento teológico a tan inexorable misterio, donde se ha nutrido la experiencia de fe y de vida de muchos creyentes a lo largo de estos dos mil años de vida de la propuesta cristiana.

* Estudiante de Teología, VII semestre, Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá.

La eucaristía, el sacramento de la comunión de los hermanos y hermanas que bautizados en el nombre de Señor hemos decidido aceptar la invitación de seguirle para conocerlo y anunciarlo a los más pobres -los predilectos del Señor de la historia-, exige un compromiso ético social con los más desfavorecidos, desde la realidad donde nos encontremos, sobre todo, en esta América Latina tan pobre, pero a la vez tan luchadora y llena de esperanza.

En estas breves páginas haremos el intento de reflexionar sobre la comprensión del misterio eucarístico, el jubileo como institución que reclama justicia, y la comunión, que es la concreción de la vida del cristiano; comunión que estamos llamados a vivir desde antes de la creación del mundo, cuando Dios nos eligió en Cristo Señor para ser sus hijos (cfr., Ef. 1,5).

1. Durante mucho tiempo, estudiosos y eminentes teólogos han dedicado tiempo y esfuerzos colosales para explicar por cualquier vía el hecho de la presencia real de Cristo Señor en las especies de pan y de vino, que acontece después de las palabras de consagración pronunciadas por el presbítero: «El problema sigue siendo el mismo, el pan y el vino realmente trasformados, sin huellas de cambio alguno.»¹

Sin querer dejar de lado la cuestión de la presencia real, creemos que en la actualidad, después del caminar de veinte siglos, el centro y el horizonte de reflexión del misterio eucarístico está en la comunidad, la justicia, la solidaridad y el compartir que debe vivir y potenciar todo el que se reúne a celebrar el misterio pascual, haciendo memoria de la vida de Cristo, a partir del acontecimiento de donación y entrega, que Él vivió con sus discípulos la noche de despedida: «Tomó pan, lo bendijo, lo partió se los dio: Tomad este es mi cuerpo. Tomó luego la copa, se las dio y bebieron todos de ella. Y les dijo: Ésta es mi sangre, que es derramada por muchos.»²

Por tanto, estamos preguntando por la incidencia de este acto profético de Jesús en la vida de los cristianos y cristianas que celebramos la eucaristía por lo menos, cada domingo. Ésta es una pregunta que se formula desde un contexto muy particular, la realidad de violencia y guerra que vive nuestro país, y si se

1. DURRWELL, FRANCISCO JAVIER, *La eucaristía sacramento pascual*, Ed Sigueme, Salamanca, Zamora, 1997.

2. Evangelio de Marcos 14, 22 ss.

quiere, desde un contexto mucho más preciso, esto es, desde la violencia, el hambre e injusticia que se vive en las céntricas calles de la ciudad de Bogotá.

¿Qué sentido social, antropológico y, sobre todo, soteriológico, tiene la eucaristía que celebramos en la actualidad, para quienes han vivido una historia personal de hambre, injusticia, frío y violencia, vivida en su propia carne?

2. Jubileo, la reflexión biblioteológica actual, está encaminada en gran medida a la actualización en categorías contemporáneas de lo que fue la institución jubilar en el Antiguo Testamento, sobre todo, en la tradición profética y deuteronomista; por esta sencilla razón pretendemos hacer un lectura jubilar de la eucaristía, a partir de la realidad colombiana.

«La eucaristía es un acto de justicia en sí misma.»³ Cuando se habla de jubileo en perspectiva bíblica, nos encontramos con dos realidades inseparables de la tradición semita, que en nuestra tradición occidental se volvieron conceptos. Estamos hablando de la justicia (*sedagah*) y del derecho, (*mishpat*).

Por eso nos preguntamos, ¿qué tiene que decir una celebración jubilar, en términos del misterio eucarístico, a la actualidad colombiana? Vivimos en una sociedad desarraigada, violenta, fragmentada, globalizada y sobre todo, injusta e impune.

Si el jubileo es una institución que proclama la justicia y el derecho a los más pobres y desvalidos y la eucaristía es un acto de justicia, ¿no estaríamos diciendo que cada celebración eucarística es la oportunidad para hacer retumbar en las vidas de los injustos y violentos el cuerno jubilar (*Yôbêl*)?

Ubicados en un contexto más particular u específico, preguntamos: ¿Qué sentido deben tener el jubileo y la eucaristía para los indigentes y habitantes de las calles de las grandes ciudades de Colombia?

Afirmamos desde lo más profundo de nuestra existencia que la eucaristía es el banquete de la comunión, la comida fraterna, la cena del Señor, centro y dinamismo de la vida cristiana.

Entonces ¿qué pasa con esos miles de cristianos que deambulan por las calles en busca de una migaja de pan (migaja que ha sobrado de nuestros am-

3. Afirmación pronunciada en el Seminario sobre Eucaristía, en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana, en el segundo semestre de 1999.

plios y sumptuosos comedores)? Migaja que encuentran en una bolsa de basura, o en la sobra, que es para el habitante de la calle su único alimento, su banquete de comunión, y si somos un poco atrevidos, su «eucaristía», pues se trata del pan que revitaliza sus fuerzas para seguir viviendo como hijo predilecto del Padre de misericordia, en esta sociedad de terror y de muerte.

Cómo es posible que con esta cruda realidad que viven miles de hermanos nuestros, se diga que jubileo y eucaristía son un Evangelio (Buena Noticia) hecha vida para los más pobres, quienes están ansiosos por el anuncio de esa Buena Noticia de la comunión y el banquete fraternal.

¿Será que la actualización y celebración del misterio eucarístico no tiene ya nada que decirnos, ante esta realidad de hambre, desnutrición y muerte que viven miles de bogotanos que caminan por los andenes de esta inclemente ciudad?

¿Qué efecto solidario y de misericordia produce la celebración del misterio eucarístico en los corazones cálidos y en los estómagos llenos y satisfechos de alimento de quienes celebramos diaria y piadosamente la eucaristía? ¿Cuándo será que ocurre en nosotros y nosotras el milagro narrado en el Evangelio de Marcos, cuando Jesús logra sensibilizar a sus seguidores, para que suelten de debajo del brazo el pan y el pescado que tienen, lo repartan y comparten con todos los necesitados y hambrientos? (Mc. 6, 30 ss).

¿No será ese grito y acción de jubileo lo que debe caracterizar a un cristiano, a un seguidor del maestro, que acude con afán y premura diariamente o cada domingo a la mesa de la comunión eucarística?

¿Cuándo será posible que interpretemos la celebración eucarística en términos reales y de praxis solidaria y de justicia social? Es decir ¿cuándo empezaremos a dejar germinar en nuestra convulsionada sociedad la semilla del Reino, del cual Jesús el cordero inmolado, el hombre que se da, el Justo por excelencia, es antípalo y plenitud?

Entonces tendremos que decir a voz en cuello: basta de celebraciones rituales. Como decía el profeta: «Yo detesto, desprecio vuestras fiestas, no me gusta el olor de nuestras reuniones solemnes. Si me ofrecéis holocaustos... Que fluya, sí, el juicio como agua y la justicia como arroyo perenne»⁴, vaciados de contenido social y de la misericordia, bondad y amor del Padre, que nos ha revelado Jesús el Señor de la historia (cfr., Mc 14-15).

4. Cfr., Amós 5, 21 ss.

3. La Comunión entre los cristianos es el gran correlato de la celebración de la eucaristía. «Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones.»⁵

La comunidad que se reúne en torno a la celebración que actualiza en gesto profético de Jesús, se constituye en comunidad de salvación, conformada e integrada por personas que se congregan en el nombre del Señor; con una característica particular, la desigualdad; aunque el Antiguo y Nuevo Testamento hayan hecho grandes esfuerzos por superar la desigualdad, tenemos que constatar realmente que todavía no nos acercamos al ideal propuesto por Jesús.

Dentro de la gama de desigualdades que vive la sociedad, a la cual no podemos llamar comunidad, teológicamente hablando, se encuentra la desigualdad para conseguir el pan.

¿Qué es el pan? Esta pregunta tiene muchas respuestas; si la respondemos desde el horizonte de la eucaristía, diríamos que es la ofrenda que se lleva al altar, o en otras palabras, la hostia que va a ser consagrada.

Desde la perspectiva que venimos reflexionando, (eucaristía, justicia y derecho), decir pan es mirar e ir mucho más allá, de lo que se ve y se enuncia tradicionalmente.

Pan es la vida, y no cualquier vida. Es la vida del pobre, del indigente. Es vida en oposición a todo lo que signifique muerte. Por eso entendemos el gesto de la entrega de Jesús en la cena de despedida, como un desafío a nuestras existencias, pues Él al ofrecerse como pan, da su vida, que es la vida de la vida, y por tanto, la comunión de vida es la causa originaria y final del pan, pan que es vida, que fortalece, alimenta y que muere para dar vida.

De esta comunión, de esta lucha por lograr la igualdad entre los hijos de Dios, debe hablar la eucaristía y la teología que se hace alrededor de ella.

A la comunidad le es inherente la comunión. Por esta razón, es una dinámica fundamental; la comunión se da en lo real, en lo histórico, va mucho más allá de un puro gesto espiritual, como lo atestigua bellamente el libro de los Hechos de los Apóstoles; se reunía en familia, en comunidad, a compartir el pan, la oración y ponían todo en común.

5. Hechos 2, 42 ss.

Por tanto, de aquí se deriva que la comunión de la comunidad ha de tener rostro histórico y real en la comunión fraterna y solidaria con los últimos, con los más necesitados, en una comunidad que no admite desigualdades, nominalismos o injusticias, sobre todo, en lo que respecta al compartir del pan, que tiene su fundamento en un acto profético del Señor.

El análisis de nuestra situación y las urgencias por responder a situaciones dramáticas de nuestra realidad, nos han puesto en camino hacia la construcción de la comunidad en *comunión*. Establecer la comunidad y forjar la comunión, tal es el pretexto mundial que legitima a la Iglesia en nuestras sociedades.⁶

Desde esta perspectiva, estamos preguntando por las condiciones de posibilidad para que la celebración de la eucaristía no sea un culto idolátrico y por ende sea un acto de justicia para quienes la celebran. Para comprender mejor esta realidad, se hace necesario que traigamos a la memoria el sacrificio de monseñor Oscar Arnulfo Romero, quien ofrendó su vida como acto de justicia, en la celebración misma de la eucaristía, que es acto de justicia en sí misma.

Para concluir debemos tomar conciencia de la significación que ha tenido la eucaristía para la vida de la comunidad cristiana. Es importante que no vanalicemos tan fundamental y trascendente sacramento; por el contrario, que demos nuevo significado a su profundo sentido y nos comprometamos por la comunidad a la comunión solidaria y fraterna a la que estamos llamados todos los cristianos y cristianas.

La comunión de vida, de fraternidad, solidaridad y justicia, de la cual la eucaristía es culmen, es la gran palabra, la propuesta, la reserva teologal, que tenemos los cristianos y seguidores de Jesús, para esta sociedad nuestra, corrupta, injusta, impune y explotadora, que excluye y marginá a la gran mayoría. Por tanto, que suene el cuerno del jubileo y que los pobres, indigentes, desempleados, salgan a las calles y proclamen con un fuerte grito que el Señor ha estado y está grande y misericordioso con ellos.

BIBLIOGRAFÍA

Biblia de Jerusalén.

CASTILLO, JOSÉ MARÍA, *La alternativa cristiana*, Ed. Sigueme, Salamanca, 1978.

6. PARRA, ALBERTO, *La iglesia, textos contextos y pretextos*, Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá, pp. 196-197.

DURRWELL, FRANÇOIS XAVIER, *La eucaristía sacramento pascual*, Ed. Sigüeme, Salamanca, 1997.

DUSSEL, ENRIQUE, «El pan de la celebración signo comunitario de justicia», en *Concilium*, 172, Cristiandad, Madrid, 1982.

PARRA, ALBERTO, *La Iglesia, contexto sociales, textos fundacionales, pretextos mundiales*, Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá, 1998.

AUTORES VARIOS, *Duda y Jubileo*, Ed. Dimensión Educativa, Santafé de Bogotá, 1999.

—| |

| | —

—| |

| | —